

concebido el plan de establecer otra vez una colonia francesa á orillas del Mississippi, y habia comunicado su proyecto al ministerio. Este rumor volvió á tomar cuerpo en el año 1800, y al instante se envió orden á los embajadores de los Estados Unidos en París, Madrid y Londres, para impedir con todas sus fuerzas que España cediera á Francia territorios en el continente norte-americano. Pero el mal que se temia habia ya sucedido entonces, porque en 1.º de octubre de 1800 el gobierno español habia cedido á Francia la Luisiana, solo que el tratado se habia tenido secreto y la noticia no llegó á América hasta la primavera del año 1802. El golpe fué rudo para el porvenir de los Estados occidentales de la Union, en la cual acababa de ingresar en el mes de abril del citado año el nuevo Estado del Ohío.

Jefferson, indignado, escribió personalmente á Livingston, su embajador en París, además de las instrucciones enviadas por su ministro de Estado, Madison: «En la superficie de nuestro planeta hay un punto, cuyo dueño, solo por el hecho de serlo, es nuestro enemigo natural: este punto es Nueva Orleans. Es imposible que los Estados Unidos continúen siendo amigos de Francia si se encuentran en tan críticas circunstancias. El día en que Francia tome posesion de Nueva Orleans será el de la union de dos naciones (la inglesa y la americana) que juntas pueden sostenerse como dueños exclusivos del Océano. Aquel día efectuaremos nuestra union indisoluble con la nacion inglesa y con su escuadra.»

Estas palabras escritas del propio puño de Jefferson, que durante toda su vida habia sido admirador de Francia y adversario de Inglaterra, son el mejor testimonio de la pureza y sinceridad de sus sentimientos patrióticos. Al mismo tiempo envió orden á Livingston de mostrarse en sus negociaciones con el gobierno francés amable y complaciente, pero conservando toda su independencia; porque Jefferson se liasonjeaba de que pasaria todavia algun tiempo antes de que los franceses tomaran posesion de la Luisiana, atendido que la escuadra encargada de llevar allí tropas de ocupacion tenia orden de pasar antes á la isla de Haití insurreccionada para someterla, cosa que, en opinion de Jefferson, debia ofrecer grandes dificultades, y durante este tiempo podia negociar con el gobierno francés. Un suceso imprevisto vino á echar por tierra todos estos cálculos.

El gobernador español de Nueva Orleans tuvo la ocurrencia extemporánea de publicar, en octubre de 1802, una disposicion que equivalia á una anulacion de la libre entrada y salida de los buques americanos en el puerto de Nueva Orleans y en el Mississippi. Esto sembró la alarma é indignacion en todos los territorios y nuevos Estados del Oeste. Los habitantes de Kentucky, que nada entendian de diplomacia, se mostraron tan excitados que costó mucho trabajo hacerles desistir de hacerse justicia por su mano con las armas. La asamblea del jóven Estado envió al congreso de la Union una exposicion manifestando el estado de ánimo en que se hallaba la poblacion. A los esfuerzos de Juan Randolph se debió que el congreso votase en sesion secreta plenos poderes y dos millones de pesos para el presidente á fin de que procediese con rapidez, segun las circunstancias. Los federalistas, que votaron en contra, quedaron vencidos y Jefferson se dió prisa á enviar un agente apto y de confianza con los dos millones á París para negociar la compra de la Luisiana. Para esta comision delicada eligió á Monroe, gobernador (presidente) de Virginia, cargo que casualmente acababa de cumplir, dejando libre á Monroe de aceptar el de embajador extraordinario en París. El senado confirmó la eleccion, la cual, segun los federalistas maliciosos, habia sido dictada por el deseo de mejorar la hacienda muy menguada del elegido. Pero los resultados brillantes que obtuvo Mon-

roe impusieron muy pronto silencio á estas murmuraciones maliciosas. La casualidad vino, afortunadamente, al auxilio de Jefferson y de su embajador, que en circunstancias normales y pacíficas habria sido recibido y despedido con una negativa insolente por Napoleon, entonces primer cónsul. Napoleon, en efecto, no era tan miope que no comprendiera la importancia de la posesion de un territorio tan vasto como era el que entonces se comprendia bajo el nombre de Luisiana, y que hoy forma los Estados de Luisiana, Arkansas, Missouri, Iowa, Minesota, Nebraska, Kansas, Colorado, Wyoming, el Territorio Indio, Dácota, Montana, Idaho, Oregon y Washington, segun el mapa que acompaña á la *Historia de Luisiana*, publicada en 1829 por el marqués de Barbé-Marlois, que sirvió de intermediario en la venta que se hizo. Uno de los ensueños favoritos de Napoleon I era la creacion de una Nueva Francia en el continente americano, pero la insurreccion de Haití quedó vencedora y en Europa amenazaba estallar una guerra formidable, y la necesidad en que se vió Napoleon de hacer grandes armamentos le hizo olvidar sus proyectos de colonizacion, que además exigian mucho dinero. En esta situacion consintió en la venta de la Luisiana entera por 75 millones de francos. Jefferson jamás habia soñado en un negocio de tal magnitud, pero Monroe anduvo listo, y comprendiendo toda la importancia del negocio, tuvo la energía de asir la ocasion por los cabellos y la osadía de extralimitarse, y en 30 de abril de 1803 firmó el convenio de venta. En 20 de diciembre tomaron los Estados Unidos posesion, con las solemnidades de costumbre, de todo el territorio.

Los federalistas tomaron pié de este convenio para atacar con saña al gobierno; los Estados del Norte, especialmente, temieron la preponderancia que la nueva adquisicion habia de dar inevitablemente á los del Sur. A Napoleon se atribuye la siguiente expresion respecto de este asunto: «He creado á la Inglaterra un rival marítimo que quizás algun dia humillará su orgullo.» Por lo que toca á Inglaterra, no protestó, si bien no debió de gustarle mucho el contrato, y lo peor fué que sus banqueros adelantaron al gobierno de los Estados Unidos el dinero para pagar á la Francia los 75 millones de francos; de suerte que Napoleon hizo la guerra á la Gran Bretaña con su dinero.

Jefferson, en medio de su satisfaccion y de las felicitaciones que recibió de sus amigos, tuvo sus escrúpulos constitucionales, que expresó claramente en la siguiente carta dirigida á Breckenridge: «Claro está que el convenio ha de ser sometido al congreso de los representantes del país, el cual lo aprobará, no lo dudo, porque sus ventajas son demasiado importantes para que sea rechazado, sin contar que no habia otro medio de lograrlas. Opino, sin embargo, que será preciso apelar á la nacion para legalizar este acto por medio de un artículo adicional á la constitucion, que tal como está no nos autoriza para adquirir territorios de potencias extranjeras, ni menos para incorporar á nuestra nacion naciones extrañas. El poder ejecutivo se ha extralimitado de sus atribuciones constitucionales con la buena intencion de prestar un gran servicio al país aprovechando con presteza una ocasion favorable. Al congreso toca cargar con la responsabilidad.... La aprobacion ulterior no hará mas que robustecer nuestra constitucion.»

Ni esta aprobacion ulterior, ni el artículo adicional á la constitucion fueron pedidos ni tampoco dados. Jefferson prefirió haber sido buen patriota y hombre de Estado práctico, cargando gustoso con la reconvenccion de haber faltado á sus principios de republicano rígido extralimitándose de sus atribuciones. Cuando estas alternativas se presentan en la diplomacia, los grandes hombres de Estado aprovechan

la ocasion y prefieren el éxito á la gloria de no faltar á sus principios y ser luego olvidados en recompensa de su rigidez. El príncipe de Bismark hizo lo mismo cuando de un solo y rápido golpe agregó á la Prusia el reino de Hanover, el gran ducado de Hesse y el principado de Nassau.

Esta vez tampoco protestaron los federalistas, si bien se manifestaron escrúpulos y temores respecto de las consecuencias de la adquisicion de la Luisiana, que segun los que la criticaban implicaba un desequilibrio en la Union. En el senado de New-Hampshire dijo Plumer: «Si admitís en la Union este mundo occidental, destruiréis de un golpe el equilibrio y la importancia de los Estados orientales, con lo cual los obligareis á constituirse en imperio separado é independiente.» Un temor análogo se manifestó en Connecticut. En realidad, con la adquisicion de la Luisiana se ensanchó inmensamente el territorio esclavista, y se introdujo el peligroso precedente de sacrificar el principio al interés y de hacerlo legalizar despues por un voto del congreso. Este precedente dejaba la puerta abierta á todas las violaciones de la constitucion, y de consiguiente á todos los proyectos separatistas, que como acabamos de ver se manifestaron entonces en el Norte, si bien no se llevaron adelante acaso por la desunion y falta de valor de los jefes de los partidos ó mas bien porque el pueblo americano en masa aprobó sin ambages la compra de la Luisiana. Tambien la aprobó con noble franqueza el gran adversario de Jefferson y jefe principal del partido federalista, Alejandro Hamilton, el cual escribió entonces á Pinckney: «Siempre he creído que la unidad de nuestro país y los intereses de la nacion exigian la anexion de todo el territorio hasta el Mississippi con inclusion de Nueva Orleans.»

Hamilton vivia retirado hacia años de la escena política, dedicándose enteramente á los trabajos de su bufete de abogado, que ocupaban todo su tiempo. Cuando los federalistas del Norte echaron á volar la idea de separarse de la Union, pronuncióse Hamilton decididamente en contra, y lo mismo hizo cuando aquellos trataron de aliarse con el partido de Aaron Burr, el vice-presidente, que á consecuencia de este abandono hubo de renunciar á su esperanza de ser elegido presidente de los Estados Unidos cuando en febrero de 1804 empezaron los trabajos electorales. Sus partidarios, sin embargo, porque los tenia, trataron de elevarle á la presidencia del Estado de Nueva York para conservarle bastante influencia á fin de alcanzar mas adelante, con el auxilio del partido federalista, la presidencia de los Estados Unidos del Norte como república independiente. Hamilton conoció el juego, y en una asamblea electoral privada de federalistas que se celebró en Albany el 10 de febrero de 1804, se declaró con toda su energía contra los proyectos utópicos de los separatistas, que lastimosamente cegados, se apoyaban en Burr, débil caña, juguete de los vientos. La elocuencia de Hamilton, que tenia fama de ser irresistible cuando él queria una cosa de veras, quedó tambien esta vez victoriosa. Burr, viendo destruida su esperanza, juró matar á su adversario, y pronto encontró un pretexto para desafiarle. Hamilton, que habia admitido en diferentes ocasiones el desafío como suprema razon en cuestiones de honor, y que habia atacado á Burr en sus discursos y escritos en términos duros, aceptó el combate á pistola, que tuvo efecto el 11 de julio del mismo año 1804 cerca de Nueva York. Burr era un tirador hábil, al contrario de Hamilton, que no solamente era inexperto en el manejo de esta arma sino que no tenia deseo ninguno de matar á Burr. Disparó, pues, al aire; pero Burr, muy al contrario, apuntó tan bien que dejó muerto á su adversario. Era un asesinato cometido á sangre fria, y así lo consideró tambien el tribunal. El gran jurado de New-

Jersey le declaró culpable de asesinato, y el tribunal de Nueva York le despojó del derecho de ciudadanía y le declaró por veinte años incapacitado para todo empleo público. Burr huyó á Filadelfia, y de allí al Sur, desde donde trató de justificarse en una serie de cartas dirigidas á su hija y destinadas á la publicidad. Lodge, el biógrafo de Hamilton, dice:

«Parece que Burr, no mucho tiempo antes del desafío y apremiado por la necesidad, habia acudido á Hamilton, el cual, generoso siempre, le facilitó el dinero que necesitaba.»

El gran estadista dejó á su viuda con siete hijos menores. Todo el mundo quedó horrorizado y lloró al difunto, á quien todas las personas de talento habian considerado como un genio extraordinario, aunque nunca habia sido, quizás por lo mismo, popular. Una gran multitud acompañó el cadáver al entierro. Patriotismo como Hamilton solo le tuvo Washington, y por esto apoyó en la cuestion de la adquisicion de la Luisiana tan denodadamente á su antiguo adversario Jefferson. Las ideas de Hamilton, que ocupa uno de los primeros lugares en la historia de la formacion de los Estados Unidos, y las de su contrario Jefferson, representan las dos corrientes principales que se destacan en la historia de la gran república americana, y su conflicto dió lugar á la guerra separatista.

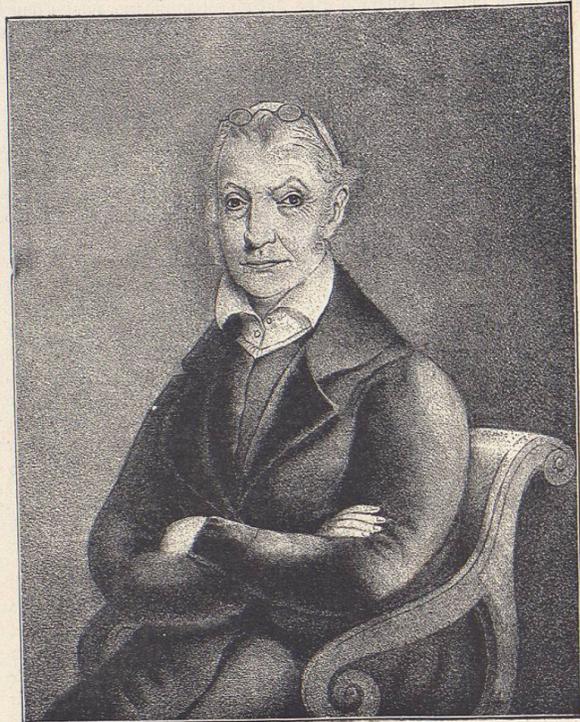
Burr, calificado por los historiadores americanos de hombre perverso, completamente depravado y hundido en los vicios, tramó pronto un nuevo proyecto para satisfacer su ambicion, que al parecer tuvo por objeto apoderarse, con un ejército de perdidos y desesperados, del territorio de Tejas, fundar allí un imperio nuevo é independiente, conquistar luego á Méjico y anexionarse una parte de la Luisiana y acaso á Nueva Orleans. Esta idea le habia sido sugerida por el proyecto propuesto por un tal Miranda en tiempo de la presidencia de Juan Adams, proyecto que consistia en arrebatar á España todas sus colonias en América y constituir con ellas una gran confederacion. Las guerras napoleónicas hicieron abandonar este proyecto vago, hasta que Burr lo volvió á adoptar, modificado como hemos dicho, y trató de entusiasmar con él á amigos ricos, entablando relaciones y enganchando secretamente hombres de armas. España se encontraba entonces sin fuerzas para inspirar miedo, pero Burr no era ningun Napoleon para hacer en América lo que este hizo luego en Europa. Habia fijado su residencia en casa de un amigo suyo, llamado Blennerhassett, irlandés rico que vivia en una isla, célebre por su situacion pintoresca, en el rio Ohío, entre los Estados de Ohío y de la Virginia occidental, cerca de Marietta, en la confluencia de los rios Muskingum y Ohío. Allí acudieron tantas personas de aspecto siniestro que el gobierno concibió sospechas é hizo prender á Burr con algunos satélites suyos. Formósele causa, pero sea que nada positivo se le pudiese probar, sea que no se quisiera, el hecho fué que de todos los cargos que se le hicieron quedó absuelto. Los federales, á pesar de ser Burr el asesino del ilustre jefe de su partido, le protegian y procuraban hacerle aparecer inocente, y hasta se acusó de parcialidad á su favor al primer magistrado del Tribunal Supremo Juan Marshall, nombrado por el presidente Juan Adams y respetado y considerado por todo el mundo. Los fallos que Marshall dictó en los 35 años que estuvo en su puesto constituyeron despues, en muchísimos casos, jurisprudencia y le dieron merecida fama. «Los federalistas, dice Tucker, se empeñaron en salvar á Burr y en hacerle aparecer inocente, solo por disgustar al presidente Jefferson y acusarle de vengativo y despótico.» Segun Spencer, Jefferson quiso aprovechar esta ocasion para acusar á su terrible adversario Luther Martin de encubridor de conspiradores y para sellarle de una vez la boca; pero no logró su objeto, y Martin habló de él peor que nunca.

Burr quedó, no obstante, juzgado en la opinión pública; pasó el resto de su vida en Nueva York aislado, despreciado y olvidado, y murió de viejo.

Jefferson fué reelegido al expirar su primera presidencia, pero esta vez por una mayoría mas numerosa, pues obtuvo 162 votos, é igual número Clinton como vice-presidente; mientras los dos candidatos federalistas, Pinckney y Rufo King, solo obtuvieron 14 votos cada uno.

En esta segunda presidencia de Jefferson se dejaron sentir tambien en los Estados Unidos los efectos de las guerras

napoleónicas, por la creciente dificultad de mantener la neutralidad entre los dos colosos beligerantes, Francia é Inglaterra, que se valian de cuantos medios coercitivos podian haber á las manos para atraerse la cooperacion de la Union norteamericana, lo cual perjudicó en gran manera al comercio de esta. Despues de la batalla de Trafalgar, en 21 de octubre de 1805, en que quedaron destruidas las escuadras de Francia y España (1), la Inglaterra, dueño absoluto de los mares, tomó una actitud mas imperiosa y hasta ofensiva con la marina de los Estados Unidos, siendo inútiles las protestas y reclamaciones de Jefferson, deseoso de conservar la paz.



Aaron Burr

Otro conflicto hubo con España, apoyada por la Francia, por cuestiones de límites en la frontera oriental de la Luisiana. Para zanjar la cuestion, Jefferson quiso comprar el terreno disputado y dirigió con este motivo un mensaje al congreso; este nombró una comision para informar sobre el asunto; pero la comision, presidida por Randolph, el hasta entonces fiel defensor del gobierno en el congreso, informó desfavorablemente, porque Randolph se convenció de que Jefferson iba apartándose de sus principios y gobernando gradualmente como sus predecesores federalistas. Randolph perdió entonces la mayor parte de sus amigos: él, que habia sido calificado en otro tiempo de «primer caballero de Virginia,» se entregó tanto á la bebida que se volvió loco. Enviado en 1830, por el presidente Jackson, de embajador á Rusia, á las pocas semanas tuvo que ser reemplazado, porque comprometió á su gobierno de una manera nunca vista, poniéndose de rodillas en un acceso de locura á los piés de la emperatriz. Murió en 1833.

En noviembre de 1804 habia confesado Jefferson, en su

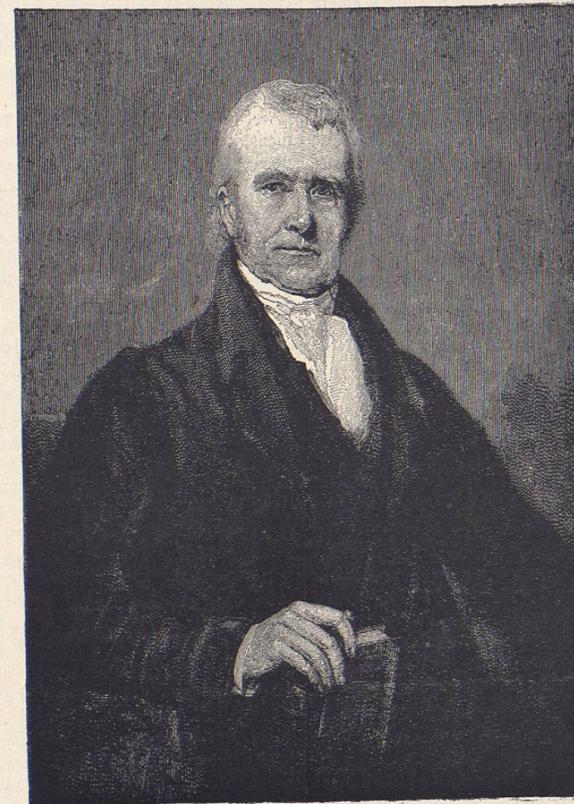
mensaje al congreso, que los buques americanos no estaban ya seguros ni en los mismos puertos de la república, y en su mensaje del 3 de diciembre de 1805 dijo: «Nuestras costas son saqueadas y delante de nuestros puertos están en acecho buques de particulares armados en guerra, algunos sin patente de corso, otros con patente falsa y otros con patente legal, que todos sin distincion cometen piraterías traspasando las autorizaciones usuales, apresando en alta mar y en nuestros mismos puertos no solamente los buques americanos sino hasta los de las naciones amigas que comercian con nosotros. Sin someter sus presas á tribunales legales, á los cuales no se atreven á presentarse, las han saqueado y echado ocultamente á pique, ó conducido á puertos desconocidos donde no podian sacarse despues testimonios; las tripulaciones han sido maltratadas, abandonadas en botes en

(1) La de España sí, porque sostuvo todo el peso del combate; la de Francia no, porque su almirante apeló á una retirada que salvó muchos de sus buques á costa de los nuestros. (N. del T.)

alta mar ó desembarcadas en costas deshabitadas sin abrigo ni provisiones.»

En 17 de enero de 1806 presentaron diferentes comercios de los Estados del Norte exposiciones en el mismo sentido al congreso; pero Jefferson, rehuendo la ruptura con Inglaterra, prefirió, en vista de la ineficacia de las reclamaciones diplomáticas, reducir á Inglaterra á la razon por medio de represalias que perjudicaran su comercio, y obtuvo del parlamento una resolucion que prohibia, desde el 16 de noviembre del mismo año, toda introduccion de mercancías inglesas tanto procedentes directamente de Inglaterra y de sus colo-

nias como de otros países. Por toda contestacion, poco despues, el buque de guerra inglés *Leander* disparó contra un buque americano costanero, matándole un individuo de la tripulacion. El gobierno americano intimó al comandante del buque inglés la órden de abandonar las aguas americanas y decretó su prision; pero como no hubo quien hiciera cumplir lo mandado, quedó el gobierno en ridículo. Este estado anómalo empezó á inquietar á Jefferson, haciéndole temer una explosion de la indignacion general, y para evitarla encargó á Monroe, el embajador de la Union en Lóndres, que pidiera con urgencia una satisfaccion al gobierno inglés. Este



Juan Marshall

no hizo el menor caso de la reclamacion, lo cual fué otro chasco para los Estados Unidos.

Jefferson abominaba la guerra y trataba de evitarla á cualquier precio. Habia demostrado su ineptitud completa en materias militares en la guerra de la independenciam siendo presidente del Estado de Virginia. Por otra parte, no habia en los Estados Unidos ejército ninguno que mereciera este nombre, ni marina de guerra, á la cual Jefferson habia mostrado siempre gran aversion. Creyendo, sin embargo, necesaria una marina, juzgó que lo mejor era construir gran número de cañoneros, que serian suficientemente eficaces para la defensa de las costas sin excitar á empresas ofensivas. El congreso, obediente, admitió la idea, votó los fondos necesarios y se construyeron buques que excitaron la risa de los marinos peritos y que en gran número fueron destruidos por un temporal. Los que quedaron fueron sacados á tierra

debajo de tinglados para ser botados al mar en caso de guerra, tripulados por los vecinos de los pueblos inmediatos. El país, por consiguiente, despues de pagar los gastos, se habia quedado sin marina de guerra. En la segunda presidencia de Jefferson hubo varios sucesos desgraciados y se cometieron errores que, unos y otros, perjudicaron grandemente al comercio, conforme iremos relatando.

Al noveno congreso, que abrió sus sesiones en 1.º de diciembre de 1806, comunicó el presidente su esperanza de que los ingresos excederian á los gastos, diciendo que se proponia aplicar el remanente á la instruccion pública, á la construccion de carreteras y canales, y á la rectificacion y mejora de las vias fluviales, «para facilitar las comunicaciones entre los diferentes Estados, hacer desaparecer las fronteras que los separaban, unificar sus intereses y estrechar su union con nuevos é indisolubles lazos.» Este era ya lenguaje